

ISRAEL: LA "MEZCLA" DE LAS ETNIAS

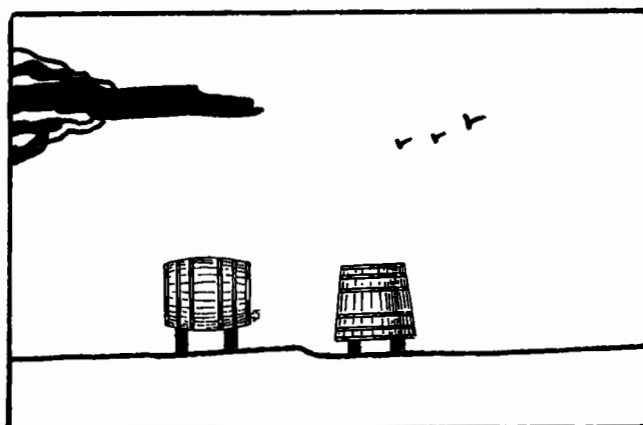
por ANDRE SCEMAMA

JERUSALEN. La educación ocupa en Israel un lugar casi predominante: el segundo después del lugar —abrumador— de la defensa nacional. Se puede decir que la defensa garantiza la seguridad inmediata del país y la educación la supervivencia a largo plazo. Ese orden de prioridad se vuelve a encontrar en el reparto del presupuesto del Estado, ya que la educación —con 2 700 millones de libras, sobre un importe de 27 700 millones— ocupa el segundo lugar después de la defensa, que tiene ampliamente el primer lugar.

En realidad, los gastos dedicados a la educación son mucho más elevados, ya que hace falta añadir a los créditos de Estado, la contribución de los alumnos y de los estudiantes (la enseñanza es gratuita y obligatoria sólo en los diez primeros años de estudios), los subsidios de los municipios y consejos regionales y los de numerosas fundaciones creadas por los judíos de la Diáspora. La Organización de Fomento a la Enseñanza Técnica,

por ejemplo, cuyo ejecutivo mundial lo preside Daniel Mayer, cubre casi la totalidad de las necesidades de las escuelas profesionales que aquella organización creó en Israel, así como en otros países. La Alianza Israelita Universal, que tiene una importante red escolar en Israel, contribuye en una medida apreciable en los gastos de esas escuelas y liceos.

Inmigrantes o hijos de inmigrantes llegados de unos ochenta países constituyen la gran mayoría de la población escolar. Se encuentran en esa masa las culturas y los niveles de instrucción más diversos. Debido a que las compuertas de la inmigración se abren a veces en un país, a veces en otro, los inmigrantes se agrupan muy a menudo según su origen en un barrio de una ciudad, una aglomeración creada por ellos mismos o una aldea agrícola cooperativa (moshav). Lejos de facilitar la "fusión de las comunidades" deseada por todos, esto fortalece los particularismos.



UN MOSAICO CULTURAL

Se trata de borrar las disparidades y de transformar ese mosaico extraordinario de grupos étnicos en un conjunto culturalmente homogéneo por medio de la escuela. Se enseña en hebreo y es necesario, pues, inculcar a un niño que llega a la escuela un idioma que sus padres no hablan.

Pero la diferencia de niveles entre los inmigrantes llegados de países desarrollados y los demás, sigue siendo el mayor obstáculo para los responsables de la educación. Cuando una maestra de primaria tiene frente a ella unos treinta niños cuyos padres vivieron en Europa, en Kurdistán, en América Latina, en Yemen o en África del Norte, se pueden imaginar las dificultades a las que se enfrenta para establecer el contacto. Sin embargo, es lo que se le pide imperativamente, con la recomendación de que se escoja el nivel más alto, por supuesto. Un equipo imponente de educadores especializados, de psicólogos, de sociólogos, que multiplican los seminarios y las investigaciones especializadas, la ayuda en esa tarea.

En las grandes ciudades se realiza cierta homogeneidad, pero no la que se deseaba: los "orientales" son a menudo los más pobres, sus familias son las más numerosas, y no viven en los mismos barrios que los oriundos de los países desarrollados. Para combatir ese fenómeno, se emprendió una acción bastante audaz de "mezcla" bajo el mando del director general adjunto del Ministerio de la Educación Nacional, Eliezer Shmoueli, originario a su vez de una comunidad oriental.

"Nuestra meta, nos dice E. Shmoueli, consiste en poder prever los resultados escolares según el origen o el medio social del alumno. Para eso, hemos intentado una experiencia de integración al traer alumnos de primaria y de secundaria de los barrios ricos a los barrios pobres y viceversa. No fue una cosa fácil, pero finalmente los primeros resultados son alentadores. Los padres de los barrios acomodados, que al principio demostraron mucha reticencia, cooperan hoy en día plenamente con los maestros de los barrios populosos, vigilando las condiciones de escolaridad, la calidad de los servicios proporcionados a los alumnos. . ."

Se intentó la misma experiencia de integración con los kibutzim, cuyo nivel escolar es generalmente muy elevado. Las granjas colectivistas siempre rehusaron admitir alumnos extranjeros en la comuna, tanto para preservar el nivel de sus escuelas como por motivos ideológicos. La experiencia intentada en Galilea dio resultados satisfactorios para todos, ya que muchos jóvenes

admitidos en las escuelas de algunos kibutzim desearon incorporarse definitivamente a la comunidad.

Sin embargo, en la Universidad los problemas siguen siendo muy arduos. El porcentaje de estudiantes que pertenecen a las comunidades orientales permanece bajo y aumenta muy lentamente. En 1964, no sobrepasaban el 7 u 8%. Actualmente no alcanzan más que un 15% aproximadamente. Pero el aumento es mucho más importante en la enseñanza superior no universitaria: en las escuelas normales para maestros de primaria y en las instituciones de formación de cuadros técnicos superiores, los "orientales" representan de un 40 a un 42%.

Si los responsables de la enseñanza se muestran bastante satisfechos de los progresos realizados hacia una integración, no esconden sus aprensiones ante las amenazas que las graves dificultades económicas que padece el país hacen recaer en su tentativa.

"Israël-le 'brassage' des ethnies"

LE MONDE DE L'EDUCATION, No. 3, febrero de 1975

